

III

Veteuil es una población de diez mil almas situada en los límites de la Normandía. Sus calles son limpias y silenciosas. Es una población muerta. Los vecinos que quieren tomar el ferrocarril se ven obligados á viajar cinco leguas en diligencia para alcanzar el tren en la estación de Nantes. La población está rodeada por una vega fertilísima en la que crecen hermosos árboles; un riachuelo, afluente del Sena atraviesa la vega entre doble hilera de árboles y rosales.

En este pueblo medio perdido en el mapa nació Guillermo. Su padre, el señor de Viargne, era uno de los últimos representantes de la rancia nobleza del país. Nacido en Alemania durante la emigración, vino á Francia con los Borbones como quien llega á una región desconocida y enemiga. Su madre había sido perseguida brutalmente y descansaba en un cementerio de Berlín; su padre había muerto en el cadalso. Guillermo no perdonó nunca el suelo que había bebido la sangre de su padre guillotinado y que no guardaba el cuerpo de la pobre muerta. La Restauración le puso en posesión de los bienes de su familia y recuperó su título y su posición, pero no por eso dejó de odiar á Francia, á la que no reconocía como su patria. Fué á encerrarse en Veteuil renunciando á los placeres, sin aceptar los ofrecimientos de Luis XVIII y de Carlos X; porque no quería ser nada en un país que había asesinado á sus parientes. Con frecuencia decía que no era francés;

llamaba compatriotas á los alemanes y se consideraba desterrado en su patria.

Era muy joven cuando llegó á Francia. Robusto, de actividad ardiente no tardó en aburrirse de la ociosidad que se impuso. Quería vivir solo alejado de los acontecimientos políticos. Pero tenía una inteligencia despejada y espíritu emprendedor y no podían satisfacerle los rudos placeres de la casa. La vida pesada, monótona y vacía que se había procurado le espantaba. Buscó una ocupación. Por singular contradicción era aficionado á las ciencias y al moderno espíritu analítico, á cuyo soplo había sido derrumbada la sociedad antigua que él añoraba. Se hizo químico, profesión opuesta á sus sueños de grandeza en los que resucitaba la esplendorosa corte de Luis XIV.

Se hizo sabio á su manera, un sabio solitario que estudiaba y hacía investigaciones para él solo. Transformó en vasto laboratorio una sala de la Noirande, nombre dado en el país, al castillo que habitaba á cinco minutos de Veteuil. Pasaba los días inclinado sobre sus libros, siempre disgustado y sin lograr satisfacer su curiosidad. No era miembro de ninguna sociedad científica y despedía con mal talante á los que iban á hablarle de sus trabajos. Quería ser tratado como noble. Los criados debían, bajo pena de ser despedidos, guardarse de hacer la menor alusión al género de vida que llevaba. Consideraba su afición por la química como una pasión y negaba á todos el derecho de penetrar en tal asunto.

Durante cerca de cuarenta años, se encerró todas las mañanas en su laboratorio y allí se acostumbró á mirar al pueblo con profundo desdén. Sus odios y sus amores se depositaban en el fondo de sus alambiques. Cuando tenía pesadas las sustancias que debían servirle para los experimentos, se olvidaba de Francia, de su padre guillotinado, de su madre muerta en el extranjero; del noble no quedaba más que un escéptico frío y altivo. El sabio había matado al hombre.

Nadie, por lo demás, logró penetrar en el fondo de su extraña organización. Sus amigos más íntimos ignoraron siempre el vacío que había hecho en su corazón. Guardó para él el secreto de su indiferencia, de esta indiferencia cuyo alcance él solo comprendía. Si vivía aún lejos del mundo, desterrado, como decía siempre, era porque despreciaba á los pequeños y á los grandes y que él mismo se comparaba á un vil gusano. Pero permaneció, grave y desdenoso con una frialdad glacial. Jamás dejó caer su máscara de orgullo.

Sólo un paréntesis hubo en la tranquila existencia de

este hombre. Una mujer coqueta, casada con un notario de Veteuil fué su querida. Tenía entonces cuarenta años y aun trataba á sus vecinos como vasallos. Se apoderó de la mujer, pregonó su conquista y tuvo la audacia de llevarla á vivir á la Noirande.

Fué aquel acto, un escándalo inaudito para la ciudad. Los bruscos modales del señor de la Viargne le habían hecho antipático. Pero cuando se atrevió á vivir públicamente con la mujer del notario, poco faltó para que le apedreasen. El marido, un pobre hombre que tenía un miedo atroz de que le quitaran el destino, no hizo nada en los dos años que duraron las relaciones. Se hizo el ciego y el sordo y afectó creer que su mujer había ido á pasar una temporada en el castillo del señor de la Viargne.

La mujer quedó embarazada y dió á luz en el mismo castillo. Algunos meses más tarde separáronse ambos amantes, y Viargne volvió á pasarse la vida en su laboratorio. Una mañana volvió la mujer á casa de su marido, teniendo buen cuidado de dejar el niño en el castillo. El conde no pensó ni un momento en ir detrás de su querida. El notario recibió tranquilamente á su mujer como si regresara de un viaje. Al día siguiente la paseó del brazo por las calles de la población y desde aquel día fué una esposa modelo. Veinte años después se hablaba todavía de esta escandalosa aventura en Veteuil.

Guillermo, que era el fruto de estos amores, fué amantado en la Noirande. Su padre que había tenido por su querida un amor pasajero, mezclado con un poco de desprecio, aceptó aquel hijo del azar con perfecta indiferencia y le tuvo á su lado para que no se dijera que había querido ocultar la prueba viviente de su capricho; pero evitó en lo posible ocuparse del niño para no despertar el recuerdo de la mujer del notario que le era profundamente desagradable. El infeliz niño creció solo. Su madre, que no sintió la necesidad de alejar de Veteuil á su marido, no procuró verle nunca. Había comprendido toda su locura; temblaba pensando en las consecuencias que hubiera podido tener su falta, y con la edad vino la reflexión, y obedeciendo al impulso de su sangre burguesa se hizo devota y prudente.

La verdadera madre de Guillermo fué una antigua criada de la casa que había visto nacer al señor de Viargne. Genoveva era hermana de leche de la madre del conde. Esta última perteneciente á la nobleza del Mediodía, había ido á Alemania durante la emigración con la criada, y el señor de Viargne á su vuelta á Francia, la había tomado á su servicio. Era una aldeana que profesaba la religión re-

30794

formista dominada por el fanatismo de los primeros calvinistas, cuya sangre circulaba por sus venas. Alta, seca, con ojos cavernosos y la nariz puntiaguda, recordaba por su aspecto una endemoniada de las que en otra época se entregaban al verdugo. Constantemente llevaba en las manos una enorme Biblia, cuya encuadernación estaba adornada por un filete de hierro, y en la que noche y día leía versículos en voz alta y penetrante. Muchas veces pronunciaba palabras terribles, palabras de cólera que el Dios vengador de los judíos dejaba caer sobre su pueblo atemorizado. El conde toleraba esta costumbre que él calificaba de manía porque conocía la honradez y la bondad de aquella fanática. Además, consideraba á Genoveva como una herencia sagrada de su madre. Era más, una dueña absoluta que una criada.

A los setenta años desempeñaba todavía rudas faenas. Cumplían sus órdenes varios criados, pero se complacía en hacer personalmente los trabajos más pesados. Poseía la vanidad increíble de su humildad. Dirigíalo todo en la Noirande levantándose antes de la salida del sol y dando á todos ejemplo con una actividad infatigable y cumpliendo sus deberes con energía de mujer que no se cansa.

Una de las mayores desesperaciones de su vida fué la pasión de su amo por la ciencia. Al ver que se encerraba días enteros en una habitación repleta de aparatos raros creyó firmemente que se había convertido en brujo. Cuando pasaba por delante de la puerta del laboratorio y oía el ruido del fuelle, juntaba las manos aterrORIZADA, persuadida que estaba atizando con su aliento el fuego infernal. Un día se atrevió á entrar y conjuró solemnemente al conde en nombre de su madre que salvara su alma renunciando á aquella labor maldita. El señor de Viargne la empujó suavemente hacia la puerta, sonriendo y prometiendo reconciliarse con Dios cuando muriese. Desde aquel día, Genoveva rogó por su amo á todas horas. Frecuentemente repetía en una especie de exaltación profética que todas las noches sentía rodar el diablo y que grandes desgracias amenazaban á la Noirande.

Genoveva consideró las relaciones escandalosas del conde con la mujer del notario, como un aviso previo de la cólera de Dios. El día en que aquella mujer se instaló en el castillo, la fiel servidora se indignó. Manifestó á su amo que no podía vivir en compañía de semejante criatura y que le cedía su sitio desde aquel instante. Lo hizo como lo dijo: recogió sus ropas y se fué á instalar en un pabellón que el conde tenía al final del parque. Durante los dos años que duraron las relaciones, Genoveva

no puso los pies en el castillo. Las aldeanas que pasaban junto á la tapia del parque percibían su voz seca salmodiando á todas horas los versículos de la Biblia. El conde la dejaba hacer; la visitó varias veces acogiendo impasiblemente los sermones que Genoveva le hacía soportar. Sólo una vez estuvo á punto de enfadarse: encontró á la fanática en una alameda del parque por donde pasaba con su querida y Genoveva se había puesto á **interpelar** á la joven con violencia verdaderamente bíblica. Como no tenía ninguna falta de que acusarse, se atrevió á arrojar todo el lodo que pudo al rostro de la pecadora. La mujer del notario asustóse mucho de aquella escena, y es de suponer que el desprecio y la cólera de la protestante la decidieran á marcharse del castillo.

Cuando Genoveva supo que la adúltera no estaba en el castillo, regresó y volvió á tomar tranquilamente su cargo de ama soberana. A su vuelta no encontró nada nuevo más que un niño, Guillermito. Mientras estuvo en el pabellón, la noticia de la existencia del niño le había producido horror sagrado; era hijo del pecado y no podía traer consigo más que la desgracia y posible era que el Dios vengador le hubiera hecho nacer para castigar á su padre por no tener piedad. Pero cuando á la pobre criaturita vió en su cuna blanca y rosa, experimentó una sensación de dulzura desconocida. Esta mujer, á quien una virginidad ardiente y fanática habían secado el corazón y la carne, sintió vagamente que se despertaba en ella la esposa y la madre que hay en el fondo de toda virgen. Se creyó tentada por el demonio y quiso resistir el enternecimiento que se apoderaba de todo su ser. Después dió rienda suelta á sus generosos ofrecimientos y abrazó á Guillermo, no sin antes encomendarse á Dios para que la protegiera contra el hijo del crimen, maldito por el cielo seguramente.

Y poco á poco se convirtió en una madre para Guillermo, pero madre extraña cuyas caricias tenían algo de terror. Había momentos en que rechazaba violentamente al pequeño; después le abrazaba con esa voluptuosidad desabrida de las devotas que creen que las garras de Satán resgan sus carnes. Cuando Guillermo era pequeño, Genoveva le miraba fijamente á los ojos, temiendo encontrar resplandores infernales en el fondo de la mirada pura y clara del inocente. Siempre creyó que el niño tenía algo de Satanás, pero no por eso se agotó su cariño.

Cuando estuvo amamantado, fué despedida la nodriza. Únicamente Genoveva cuidó de él. El señor de Viargne le había abandonado autorizando á la criada con su desde-

ñosa sonrisa de sabio á que educara al niño en la religión que le pareciera. La esperanza de salvar á Guillermo del fuego infernal haciéndole un protestante convencido, animó á Geneveva haciéndola duplicar sus cuidados. Hasta que el niño cumplió ocho años durmió con Geneveva en la habitación que ésta ocupaba en el segundo piso de la Noirande.

Guillermo creció en plena exaltación nerviosa. Respiró desde su infancia en una atmósfera preñada de religioso fervor, que la vieja esparcía á su alrededor. Al despertar no veía más que el rostro de aquella mujer; no oía más que su voz chillona de salmoadora, con la que le dormía cantando todas las noches los siete salmos de la penitencia. Las caricias de su madre adoptiva le hacían daño; Geneveva le abrazaba estrujándole con rápidos estremecimientos y vertía sobre él lágrimas que le hacían llorar. Guillermo adquirió sensibilidad de mujer, una delicadeza de nervios que convertían en verdaderos sufrimientos sus menores disgustos de niño. Muchas veces llenábanse de lágrimas sus ojos, sin motivo aparente, y lloraba durante dos horas sin cólera, como si fuera un hombre.

Cuando tuvo siete años, Geneveva le enseñó el abecedario en su voluminosa Biblia con relieves de hierro. Aquella Biblia de papel amarillento de aspecto negruzco, aterrORIZABA al pequeñuelo. No comprendía el sentido de las palabras que le hacían pronunciar, más el acento severo y siniestro con que se las apuntaba su institutriz le producían una sensación de frío terror que le paralizaba sobre la silla. Cuando se hallaba solo, por nada del mundo se hubiera atrevido á poner la mano sobre aquel librote. La vieja protestante le hablaba de la Biblia como de Dios mismo con una especie de temeroso respeto. El niño cuya inteligencia se despertaba, vivió en perpetuo terror. Encerrado con la fanática que le hablaba sin cesar del diablo, del infierno, de la cólera del cielo, pasaba los días amedrentado; por la noche sollozaba imaginando que una lluvia de fuego caía sobre su lecho. Aquel pobre ser que no podía desear más que se le dejara jugar y reír, estaba trastornado de suerte que nunca osaba bajar al parque por miedo á perder su alma. Geneveva le repetía todas las mañanas que el mundo era un infame lugar de perdición y que debía preferir morir sin llegar á ver la luz del sol. La fanática creía, salvarle de Satanás, con tales lecciones.

Algunas veces, sin embargo, por la tarde, Guillermo jugaba en los largos corredores de la Noirande y gateaba por los árboles del jardín.

Lo que en Veteuil, se llamaba «la Noirande» era un amplio edificio cuadrado de tres pisos, feo y negro, que tenía gran semejanza con una cárcel. El señor Viargne dejaba desdefiosamente que la casa se agrietara y afeara. El sólo ocupaba una parte pequeña del edificio; una habitación del primer piso y lo de fuera, que había convertido en laboratorio; en la planta baja se había reservado un comedor y un salón. Las otras piezas del vasto edificio, á excepción de las ocupadas por Geneveva y los criados, estaban abandonadas. Jamás se abrían.

Cuando Guillermo correteaba por los corredores tristes y sombríos de la Noirande, experimentaba secreto terror. Pasaba á todo correr por delante de los desocupados cuartos. Alucinado por las terribles ideas que Geneveva le había metido en la cabeza, le parecía que de estas habitaciones salían sollozos y ahogados gritos, y se preguntaba quién podía vivir en aquellas habitaciones, cuyas puertas estaban siempre cerradas. Prefería las alamedas del parque, y ni aun allí se atrevía á alejarse siempre atemorizado por el recuerdo de las cosas horribles que á diario le repetía la fanática protestante.

Algunas veces encontraba á su padre y temblaba. Hasta la edad de cinco años lo había visto pocas veces. El conde se había olvidado que tenía un hijo. Ni se había inquietado por las formalidades que debía cumplir el día que tuviera que adoptarle. En el registro figuraba Guillermo como hijo de padres desconocidos. El señor de Viargne sabía que el notario aparentaría siempre ignorar la existencia del hijo de su mujer, y pensaba regularizar la situación de Guillermo. No teniendo otro heredero, resolvió dejarle su fortuna entera. Estos pensamientos, por lo demás, no le preocupaban mucho. Seguía dedicado á sus experimentos y escuchaba sin contestar las noticias que Geneveva le daba del niño de vez en cuando.

Un día en que el conde paseaba por el jardín vió al niño de la mano de Geneveva. Guillermo que iba á cumplir los cinco años llevaba uno de esos coquetones trajes de niños ligeros y vaporosos. Algo conmovido, el padre, se detuvo pensativo por vez primera; cogió á su hijo y levantándolo hasta la altura de su rostro le miró con fijeza. Guillermo por un fenómeno misterioso de la sangre, se parecía á la madre del conde. Esta semejanza, causó verdadera emoción al señor de Viargne, quien besó al pequeñuelo en la frente.

Desde aquel día, no dejó de besar á su hijo siempre que le encontraba. Le quería á su manera todo lo que él podía amar. Pero sus caricias eran frías y los besos faltos

de fuego que le daba alguna que otra vez no bastaban para conquistar el corazón del niño. Cuando Guillermo podía evitar con disimulo los encuentros con el conde, sentía placer en evitar sus caricias. Aquel hombre severo que recorría la Noirande, semejante á una sombra tiesa y muda, le causaba más espanto que ternura. Geneveva, á la cual el señor de Viargne había dado orden de educar á Guillermo como á hijo suyo reconocido, le había hablado siempre del padre como de un amo y señor todo poderoso, y la palabra padre no despertaba en su imaginación más que la idea de terror respetuoso.

Guillermo vivió así durante sus primeros ocho años. Todo lo que le rodeaba, empujábalo á la debilidad, la extraña educación de la anciana protestante y el temor que le inspiraba el conde. Estaba condenado á conservar en el transcurso de su vida, los terrores y la sensibilidad enfermiza de su infancia. Cuando Guillermo cumplió los ocho años, el señor de Viargne lo envió como pensionista al colegio municipal de Veteuil. Sin duda advirtió el conde la educación que Geneveva había dado al pequeño y quería sustraerlo por completo á la influencia de aquel cerebro trastornado. En el colegio, Guillermo comenzó el doloroso aprendizaje de la vida; fatalmente tenía que ser molestado á cada paso.

Los años que pasó en el colegio lo fueron de martirio, uno de esos martirios de niño solo y abandonado, á quien todos maltratan sin que él acierte á comprender cuál es su culpa. Los vecinos de Veteuil alimentaban contra el señor de Viargne un odio sordo que tenía mucho de envidia; no le perdonaban que fuera rico y que viviera retirado; el escándalo del nacimiento, servía de tema continuo á sus murmuraciones. Vengaban en el pobre niño la indiferencia desdenosa del padre al que saludaban humildemente, mientras aprovechaban la debilidad del hijo á quien podían maltratar sin peligro. Los niños de la población, los que tenían doce ó dieciséis años, conocían la historia de Guillermo por haberla oído contar en sus casas cien veces, se hablaba del niño adulterino con tanta indignación, que los otros niños, cuando le tuvieron por compañero creían cumplir un deber mortificando á la pobre criatura odiada por todo Veteuil. Los padres eran los primeros en alimentar esta cobardía, riendo socarronamente cuando oían referir las persecuciones con que le maltrataban.

El primer día á la hora de recreo, Guillermo comprendió que se encontraba en país enemigo. Dos muchachos de quince años se le acercaron y le preguntaron su nomi-

bre. Cuando hubo respondido, con tímido acento que se llamaba Guillermo, todos los chiquillos se burlaron.

—Te llamas Bastardo ¿sabes?—gritó un alumno entre la rechifla y las bromas de aquellos muchachos tan perversos como hombres.

Guillermo no comprendió el insulto, pero rompió á llorar angustiado y temeroso en medio de aquel despiadado círculo que le rodeaba. Recibió algunos golpes, pidió perdón y esto causó gran contento á los chiquillos y le valió algunos nuevos puñetazos.

Ya tenían diversión, la víctima del colegio sería Guillermo. Siempre que salían á jugar sus compañeros le golpeaban y le llamaban Bastardo, nombre que le hacía enrojecer sin llegar á comprender la causa. El miedo á los golpes le hizo cobarde; vivía en los rincones no atreviéndose á moverse como paria que tiene en contra suya todo un pueblo y no se atreve á sublevarse.

Los profesores se unieron secretamente á sus alumnos; comprendían que era conveniente hacer causa común con los hijos de los poderosos de la población y aburrieron á Guillermo con castigos. Gozándose en torturar á aquel niño débil, Guillermo perdió las ilusiones y renunció á sus deseos; se hizo mal estudiante, embrutecido por los golpes y por los insultos. Perezoso, enfermizo, atontado, sollozaba en el dormitorio toda la noche; esta fué su única protesta.

Su sufrimiento era mucho mayor porque sentía imperiosa necesidad de amar y sólo hallaba en su camino personas que se le hacían odiosas. Su nerviosa sensibilidad le hacía exclamar con angustia á cada nuevo insulto: «¡Dios mío, qué falta he cometido!» y en su justicia de niño buscaba la causa de aquellos castigos crueles, no la encontraba, aumentaban sus dolores, se acordaba de las amenazadoras lecciones de Geneveva y se creía atormentado por los demonios que le hacían pagar pecados desconocidos. En más de una ocasión tuvo el pensamiento de echarse al pozo del colegio y acabar de una vez. Tenía entonces doce años.

Los días de vacaciones le parecía que salía de una tumba. Con frecuencia los muchachos le perseguían apedreándole. Amaba, sin embargo, el parque desierto de la Noirande, donde nadie le golpeaba. Nunca se atrevió á confesar á su padre las persecuciones de que era víctima. Se limitaba á lamentarse con Geneveva y le preguntaba qué quería significar aquel apodo de Bastardo que le producía la impresión de un hierro candente. La anciana le escuchaba con aire sombrío. Estaba irritada porque se le

había quitado á su discípulo. Sabía que el capellán del colegio había convencido al conde para que le dejara bautizar al niño y le miraba como arrojado para siempre en las llamas del infierno. Cuando Guillermo acabó de confiarle sus disgustos, Geneveva exclamó sin responderle directamente: «¡Eres hijo del pecado, expías las faltas de los culpables!» Guillermo no comprendió; pero el tono en que hablaba la fanática, le pareció tan lleno de cólera que no volvió á tomarla por confidente.

Sus pesares aumentaban con la edad. Por fin llegó una época en la que supo en qué consistía su falta. Sus compañeros, con injurias innobles, le habían educado en el vicio. Cuando lo supo todo lloró lágrimas de sangre. Al conocer la vergonzosa historia de su nacimiento se sintió herido en sus padres. Supo la historia de su madre por los apodos groseros que las gentes le daban. Los niños cuando se arrojan en el lodo se revuelcan en él con cierta satisfacción; también los muchachos del colegio se complacían en referir al bastardo todas las infamias que podían inventar sobre las relaciones de la mujer del notario con el conde de Viargne. Muchas veces, encolerizábase Guillermo con loca rabia, enardecido por los golpes de los verdugos, la víctima se rebelaba al fin y caía sobre el primero que se acercaba para morderle como una fiera; pero lo más frecuente era que permaneciera mudo al oír la injuria, limitándose á llorar silenciosamente.

Cuando iba á cumplir quince años ocurrióle un hecho del que guardó perdurable recuerdo. Un día en que salió á paseo con todos los colegiales, al pasar por una de las calles de la población, oyó reír á sus compañeros, al propio tiempo que murmuraban con dañina intención:

—Bastardo, mira: ahí va tu madre.

Guillermo levantó la cabeza y miró.

Una mujer pasaba del brazo de un hombre de aspecto bonachón. Ella examinó á Guillermo con curiosidad. Al pasar rozó al niño con sus vestidos. Pero no tuvo para él ni una sonrisa: se limitó á apretar los labios. El hombre que la acompañaba permaneció sereno.

Guillermo anonadado no oyó las cuchufletas de sus compañeros, que reían gozosos como si aquel encuentro hubiera sido lo más cómico del mundo. Permaneció sombrío y mudo. Aquella rápida visión heló la sangre de sus venas y sintióse más miserable y desamparado que un huérfano. Desde aquel día, siempre que Guillermo pensaba en su madre evocaba la imagen de aquella mujer con aspecto de devota, asida del brazo de su marido engañado y satisfecho.

Su mayor dolor, en aquellos malos años, consistía en no ser amado por nadie. La sombría ternura de Geneveva le asustaba y hallaba sumamente fría la muda afección de su padre. Decíase que estaba solo en el mundo y que nadie tenía piedad de él. Encorvado bajo las persecuciones que le endurecían en el dolor, se replegaba en lo más íntimo de su ser, en sus inefables pensamientos de bondad; su carácter dulce y sentimental sentía la necesidad ardiente de caricias. Y ocultaba cuidadosamente como si se tratara de ridículo secreto, del que todo el mundo podía reírse, tesoros de amor que no le era dable manifestar. Perdíase en el fondo del pensamiento sin fin de una pasión imaginaria en la que gastaba sus energías todas. Soñaba entonces, en una bendita soledad, en un rincón de tierra, donde hubiera árboles y agua y donde estaba solo, completamente solo con su querida pasión; amante ó amigo no sabía con certeza lo que era, de lo que sí estaba seguro era de que representaba un deseo inmenso de consuelo y de paz. Cuando acababan de pegarle, dolorido aun por los golpes evocaba su ideal, con las manos juntas, con una especie de estremecimiento religioso y entonces interrogaba al cielo, cuándo podría ocultarse y descansar en el seno de una afección suprema.

Si su orgullo no le hubiese dado alientos, se hubiera acostumbrado á la cobardía; pero por fortuna circulaba por sus venas sangre de Viargne; la tristeza irremediable que la casualidad de su nacimiento y la estupidez burguesa de su madre le producían, desaparecía barrida por el orgullo heredado de su padre. Sentíase mejor, más digno que sus verdugos, les tenía miedo, pero les despreciaba, recibiendo sus golpes con tan tranquilo desdén que exasperaba á los malvados muchachos á los cuales no escapaba el desprecio de su víctima.

Guillermo tuvo un solo amigo en el colegio. Cuando iba á empezar el estudio de la segunda enseñanza, un nuevo alumno entró en su clase. Era un muchacho robusto y vigoroso que era mayor que él en dos ó tres años. Se llamaba Jacobo Berthier. Huérfano, sin otro pariente que un tío, abogado en Veteuil, que le había hecho entrar en el colegio, para que terminase los estudios que había comenzado en París. Su tío no quería tenerle á su lado porque se enteró que el sobrino era extremadamente precoz, y á los diecisiete años perseguía á las muchachas del barrio Latino.

Jacobo soportó alegremente su destierro. Poseía el carácter más feliz del mundo. Sin cualidades superiores era

Magdalena Ferat.—4

un excelente muchacho. Hacíase perdonar sus inconscientes ligerezas por una bondad extrema. La entrada en el colegio fué un acontecimiento; venía de París y hablaba de su vida de estudiante como hombre que ha mordido ya el fruto prohibido. Los alumnos le respetaron en seguida, al saber que se había acostado con mujeres; sus modales desenvueltos, su fuerza y su excelente carácter le hicieron el rey del colegio. Reía á carcajadas y mostraba gozosos sus vigorosos brazos, protegiendo á los débiles con condescendencias de príncipe.

El mismo día de su ingreso, observó que un muchacho travieso maltrataba á Guillermo. Corrió inmediatamente á éste y sacudió rudamente al otro amenazándole con una paliza si reincidía en atormentar á los más débiles. Después asió el brazo de su defendido y se paseó con él todo el tiempo que duró el recreo, con gran escándalo de los otros colegiales que no comprendían cómo el parisién podía haber escogido á tal amigo.

Guillermo se conmovió ante la generosidad del nuevo alumno y agradeció profundamente la amistad que Jacobo le ofrecía. Este á su vez sintió súbita simpatía por el rostro de mártir de su nuevo camarada. Cuando le hubo interrogado se convenció de que debía ejercer una activa protección en favor de su amigo. Aquello le decidió.

—¿Quieres ser mi amigo?—preguntó á Guillermo tendiéndole su mano.

El pobre niño tomó la mano que le tendía su compañero la primera que estrechaba y estuvo á punto de llorar de alegría.

—Le querré á usted siempre—respondió con la tímida voz de un amante que empieza su amor.

Cuando los colegiales salieron otra vez á jugar, un grupo rodeó al parisién para referirle la historia de Guillermo. Proponíanse que despreciara al Bastardo hablándole con desdén del escándalo de su nacimiento. Jacobo escuchó tranquilamente las malignidades de sus compañeros. Cuando concluyeron se encogió de hombros.

—Sois unos imbéciles—les dijo.—Si oigo á alguno repetir lo que acabáis de decirme le abofetearé.

Lo que había oído no sirvió más que para aumentar su simpatía por el paria. Había tenido ya por amigo en el Liceo Carlomagno un hijo del azar, un muchacho de rara inteligencia que ganaba todos los premios de su clase y que era adorado por sus condícipulos y maestros. Esto le hizo adoptar como una cosa muy natural la escandalosa relación que tanto indignaba á los escolares de Veteuil. Fue á coger el brazo de Guillermo.

—¡Qué necios son esos chicos!—le dijo.—Son imbéciles y malvados. Lo sé todo; pero no temas, si alguno te molesta dímelo y verás lo que le sucede.

Desde aquel día nadie maltrató al Bastardo. Un muchacho que se permitió el atrevimiento de llamarle por este apodo, recibió tal bofetón, que todos los alumnos comprendieron que era preciso buscar otra víctima. Guillermo cursó la enseñanza superior en medio de una profunda tranquilidad. Concibió por su protector una amistad ardientísima. Le amó como se ama á la primera querida, con fe absoluta y ciega. La franca naturaleza podía al fin expansionarse, su amistad tenía mucho de agradecimiento y miraba á Jacobo como un ser superior. No sabía cómo pagar su deuda de gratitud y permanecía ante él siempre humilde y cariñoso. Admirábale hasta en sus menores gestos; aquel muchacho alto, enérgico y bullicioso le inspiraba cierto respeto sobre todo cuando lo comparaba con su naturaleza apocada. Sus modales desenvueltos, las noticias que le refería de su vida de París, le persuadían que tenía por amigo á un hombre extraordinario, al cual estaban reservados los más altos destinos. Su cariño era una singular mezcla de admiración, de humildad y de amor que para siempre dejó en su corazón un sentimiento respetuoso y tierno á la vez para Jacobo.

Este por su parte aceptaba la adoración de su protegido. Gustaba de lucir su fuerza y causar admiración. Por lo demás, le sedujeron las caricias abnegadas de Guillermo, humilde y altivo á la par. Durante dos años que permanecieron juntos en el colegio, fueron amigos inseparables.

Cuando terminaron sus estudios de retórica, Jacobo partió para París donde debía continuar sus estudios en la Escuela de medicina. Guillermo quedó solo en Veteuil y tardó mucho tiempo en consolarse de la ausencia de su amigo. Vivía en la completa ociosidad de la Noirande como si estuviese en un desierto. Tenía entonces dieciocho años. Su padre le llamó un día á su laboratorio. Era la primera vez que pisaba el umbral de aquella habitación. Encontró al conde de pie en el centro de la anchurosa pieza con el pecho cubierto por un delantal azul. Le pareció muy envejecido, sus sienes se marcaban con dureza, sus ojos hundidos brillaban con extraño fuego en su rostro amojamado cubierto de arrugas. Siempre aquel hombre le había causado un gran respeto, pero aquel día le tuvo miedo.

—Guillermo—le dijo,—te he mandado llamar para darte cuenta de mis proyectos acerca de tu porvenir. Ante todo dime, si tienes decidida vocación por alguna carrera.

Y al observar el ademán de extrañeza de Guillermo, continuó:

—Perfectamente, de ese modo te será más fácil cumplir mis órdenes. Deseo que no seas absolutamente nada, ni médico, ni abogado, ni nada.

El joven le miró sorprendido.

—Serás rico—agregó con acento ligeramente amargo;—podrás ser tonto y feliz si tienes el talento de entender la vida. Ya me pesa haberte dado alguna instrucción. Caza, come, duerme, esto es lo que te mando. Sin embargo, si sientes afición por la agricultura, te permitiré que labres la tierra.

El conde no se burlaba. Hablaba con acento breve con la certeza de ser obedecido. Observó que su hijo se fijaba en los aparatos del laboratorio como para protestar de la vida ociosa que le imponía. La voz del conde se hizo amenazadora.

—Sobre todo—dijo,—júrame que no te ocuparás jamás de la ciencia. Cuando yo muera cerrarás esta puerta para no volverla abrir. Basta con que un de Viargne, haya consumido aquí su existencia entera. Espero que me obedecerás; no hagas nada y procura ser dichoso.

Guillermo se iba á retirar cuando su padre como amado por una emoción y un dolor repentinos, le asió de ambas muñecas y le acercó á su pecho.

—¿Oyes, hijo mío? Obedéceme; se ignorante.

Le abrazó bruscamente y le despidió. Este escena impresionó mucho á Guillermo; comprendió que el conde sufría un dolor íntimo y secreto; desde aquel día, en las raras ocasiones que estaban juntos se complació en testimoniarle un respeto más afectuoso. Guillermo cumplió estrictamente las órdenes de su padre. Estuvo tres años en la Noirande cazando, recorriendo el país y aficionándose á los árboles y á la tierra. Estos tres años, durante los cuales vivió en intimidad con el campo, acabaron de prepararle para las alegrías y los sufrimientos que el porvenir le aguardaba. Perdido en el fondo de las verdes soledades del campo, refrescado por el viento que corría á través del follaje, se purificó de su vida de colegio y vió aumentar su ternura y su misericordia. Volvió entonces á soñar en el ideal de su juventud primera, y esperó hallar, junto á cualquier fuente, una mujer extraordinaria que lo acogiera en sus brazos besándole como un niño. Aquellos constantes ensueños á la sombra y en el silencio de los robles, tranquilizaban dulcemente sus dolorosos pensamientos.

Sin la vaga inquietud que le causaban sus deseos con-

trariados, hubiera sido completamente feliz. Nadie le perseguía ya; cuando atravesaba las calles de Veteuil, veía á sus discípulos que le saludaban con tanta cobardía como antes le habían golpeado; todos sabían que era el heredero del conde. Su único temor, temor extraño, era encontrarse cara á cara con su madre. No la había vuelto á ver, y tal conducta le entristecía; el recuerdo de aquella mujer era imborrable y el olvido absoluto en el que su madre le tenía, constituía para él una monstruosidad inexplicable de la que hubiera querido encontrar el fondo. Un día se atrevió á preguntar á Genoveva si no tenía el deber de ir á buscar para verla. La protestante le contestó con rudeza que estaba loco.

—Tu madre ha muerto—añadió con su voz profética,—ruega á Dios por ella.

Genoveva amaba siempre al hijo del pecado, á pesar de los terrores que le causaba semejante afecto. Desde que el niño se ha hecho hombre trataba de defenderse contra su propio corazón; pero en el fondo le quería ciegamente.

Jacobo fué dos veces á pasar las vacaciones á Veteuil. Aquellos meses lo fueron de loca alegría para Guillermo. Los dos amigos no se separaban nunca; cazaban todo el día, ó pescaban cangrejos en el riachuelo que atravesaba el país. Con frecuencia en el fondo de aquella soledad, sentábase y conversaban de París y sobre todo de mujeres. Jacobo hablaba ligeramente como hombre que no las quiere, pero que tiene la galantería de tratarlas con dulzura y no decir de ellas todas las crudezas de que son merecedoras. Guillermo le reprochaba calurosamente su sequedad de alma, y ponía á la mujer sobre un pedestal, ante el que cantaba un eterno cántico de fe y de amor.

—¡Vaya! déjame en paz—replicaba el estudiante con impaciencia,—no sabes lo que te dices. Si siempre estuvieras arrodillado ante tus queridas acabarías por fastidiarlas. Pero harás como los otros, engañarás y serás engañado. Esa es la vida.

—No, no—respondió Guillermo con terquedad,—yo no haré como los otros. No amaré más que á una mujer y la amaré tanto que desafío que puedan turbar nuestro amor.

—¡Bah! ya veremos.

Jacobo se reía de la ingenuidad de su querido provinciano y le escandalizaba refiriéndole aventuras amorosas de una noche. Los viajes del estudiante á Veteuil, afianzaron más y más los lazos amistosos de ambos jóvenes. Cuando se separaban escribíanse extensas cartas. Poco á poco las cartas de Jacobo fueron menos frecuentes; al tercer